Leyenda el duende del cerro negro

Edgar González Ruiz

Image not found.

Capítulo 1

Leyenda: El Duende del Cerro Negro

Era víspera de semana santa, muy alegre las dos familias se levantaron de madrugada, los hombres alistaron las dos yuntas de bueyes y las uncieron a las carretas que los conducirían por más de seis leguas hasta las faldas del cerro negro.

Alegres; las cuatro mujeres (Juana, María, Carmen y Clementina) subieron con sus aliños de comida y unos canastos vacíos para recolectar cual fruta encontraran en las faldas del cerro, los ocho niños emocionados con sus salveques al hombro cargados de piedras y en manos las huleras listas para tirarle al animal que encontrasen en el camino. Jesús, uno de los tres hombres, de aspecto corpulento, de rostro tosco y curtido por el ardiente sol del trabajo del campo, se dispuso con su machete al cinto y su calabazo rebasado de guaro a acomodarse rápidamente junto a los niños en una de las carretas.

Las mujeres dando gracias a Dios se santiguaron, rezando tres Padres Nuestros y tres Ave María se dispusieron a partir. Juan y Ruperto a pie guiando las carretas con chuzos en mano para dar dirección a los animales, que ya sobre el yugo llevaban un candil para alumbrar el camino. Era uno de esos paseos que se veían en aquellos tiempos de nuestros abuelos, donde familias campesinas solían viajar por largos y estrechos caminos solitarios, acompañados por sus bueyes en carretas rústicamente elaboradas.

El alba estaba llegando, pintaban los primeros rayos del sol, y sobre las orillas del camino se veían las plantas de albahaca que expulsaban su aroma mezclándose con la fragancia de las flores de azafrán y el polvo negro de origen volcánico levantado por las pesuñas de los bueyes.

Hicieron una ligera parada a la sombra de un árbol de guanacaste, lugar perfecto para desayunar, cada uno de los viajeros con su tanda de frijoles con queso tortillas y su respectiva jícara de tiste. El viaje continuó, los niños aunque cansados iban emocionados, escuchando los cuentos que Jesús entre trago y trago amenamente les narraba, exagerando en detalles con la intención de infundirles miedo, pues sabía que ellos le creerían lo que él dijera.

Después del largo trecho, llegaron a la falda del cerro; pudiendo así ver lo magnifico que ofrecía la cordillera, con un paraje solitario, bello y misterioso, su extensa planicie revestida de árboles selváticos mezclados con frutales tales como el mango, nancite, tigüilotes, jícaros de los que se dejaban ver las enredaderas de pitahaya, frutas rojas que daban vida a este lugar tan fabuloso. Los niños corriendo de un lado a otro cogían todas

las frutas posibles, hartándose y a la vez ayudando a recolectar en los canastos para llevar como provisión, que era el mayor motivo del viaje.

A eso de las tres de la tarde, Jesús estaba totalmente ebrio, su madre Clementina una de las cuatro mujeres, lo regañaba a la vez que suplicaba dejara de tomar, éste sin importar el infortunio que ocasionaba en su familia, continuó tomando, de tal forma que el inconveniente obligó que partieran más temprano de lo previsto.

Por la tarde, ya de regreso envuelto en las alucinaciones provocadas por el licor, el borracho recordó que en este lugar hace algún tiempo habitaba el Duende, decían que la falda del cerro era su lugar de estancia en estos días de Semana Santa, por lo que comenzó a dirigir ofensas pidiendo que este saliese "si era huevon….. y se las miraría con él" sonando el machete sobre las ruedas de las carretas. Asustando al resto de acompañantes que rezaban plegarias pidiendo a Dios que les dejara salir con bien de este lugar. Los improperios por parte de Jesús continuaron, de repente, se dejó oír unos grititos que venían con un eco extraño (ji ji ji ji…) desde la falda del cerro,

-los otros hombres murmuraron; este es el duende muchachos.

-apuremos y que no nos caiga la noche.

El delirante sin conciencia de lo que estaba ocurriendo continúo con sus insultos,

-"quiero verte hijo de p… sal de tu escondite si eres huevon…"-decía, -de la misma forma que los gritos del Duende los seguían con un eco más fuerte y pronunciado acompañándolos por todo el camino hasta llegar a la casa ubicada en las periferias del barrio San Luis en León.

Desuncieron los bueyes y se fueron a dormir, a eso de las nueve de la noche, Jesús ya rendido bajo los efectos del licor se quedó sobre una de las carretas, todo era silencio. De pronto se escuchó un gruñir y unos gritos de dolor, eran los lamentos de Jesús, su madre desesperada salió de la casa gritando ¿Jesús, Jesús que te pasa? Quedando sin habla al ver que su hijo estaba siendo arrastrado por el mismísimo demonio encarnado en un hombrecito de unos escasos cincuenta centímetros de estatura, orejas puntiagudas piel verdosa y cara retorcida, era el duende quien lo arrastraba.

Los gritos despertaron a toda la familia y los vecinos aturdidos salieron a ver qué era lo sucedido, perplejos miraban la espantosa escena tenebrosa. Entre la multitud se escuchaban gritos, mujeres decían ¡se lo lleva, se lo lleva! ¡Ay abuela se lleva a mi papá! Grita sin consuelo uno de los niños. La madre de Jesús mujer muy religiosa lanzaba sus plegarias al cielo confiada que el Todo Poderoso se apiadaría de su hijo "Santo Dios, Santo

Fuerte” decía- Ayúdame que no se lleven a Jesús…, sobre el camino y como a 100 metros de distancia de la casa, de un fuerte empujón el duende soltó a Jesús y se escuchó aquella vocecita que dijo **“Válgase que te llamas Jesús, sino hoy mismo te llevara conmigo”** De la nada el Duende desapareció, dejando al pobre hombre tirado, moreteado e inconsciente.

Los días siguientes estuvieron llenos de incertidumbre y temor para Jesús con fuertes fiebres y alucinaciones durante varias semanas, por las noches se escuchaban sus gemidos pero en el día ni una palabra salía de su boca, era como si aquella noche había dejado de ser el hombre tosco y fornido que lo caracterizaba.

Esta leyenda la recopilé de narraciones de mi papá ya fallecido Aquilino Antonio González, que decía ser uno de los niños que iba en el viaje.